

LA COMEDIA DE LOS ERRORES (Peruano)

7º - 8º

Personajes:

Autoridades y figuras religiosas

- **Alcalde** de Lima, Figura de autoridad máxima en la ciudad
- **Hermana Emilia**, Monja directora del convento

Comerciante y personajes de Ayacucho

- **Don Elías**, padre de Manuel y Vicente
- **Manuel** de Ayacucho
- **Vicente** de Ayacucho

Habitantes de Lima

- **Manuel** de Lima
- **Vicente** de Lima
- **Comerciante** de Lima
- Joven **Ángelo**, vendedor de joyas de Lima

Personajes Femeninos

- **Andrea**, esposa de Manuel de Lima
- **Lucía**, hermana de Andrea
- **Fernanda**, cocinera urbana

Otros personajes

- **Comerciantes, Minorista** local
- **Doctor Pincho**
- **Guardian 1 y 2**, agentes de orden público
- **Ciudadanos y vecinos** de Lima

Escena 1

Waqcha: un destino confuso e incierto

(Entre la cumbre del Andes)

Apu

Se dice que en los Andes, la llegada al mundo de unos gemelos destina la presencia de lo divino, así como también la de un mal augurio. En principio, esta ambivalencia caería en las peores de sus interpretaciones cuando el mundo presencié que dos hermanos habían acabado con la vida de su madre por el simple hecho de nacer. Don Elías, el padre legítimo de los gemelos, acude a una chamana para saber qué hacer con ambos, pues temía lo peor. Ambos niños podrían compartir una dualidad muy contrastante. Uno de ellos podría tener un espíritu del egoísmo y los rencores (*Mana Waliq*), mientras el otro, de la empatía y los amores (*Waliq*). Aquella bruja pensó que: *"Fue penosa la forma en la que vinieron al mundo. Deberán separarlos a ambos como lo manda Illapa. En caso contrario, ambos deberán morir."* Ante dichas palabras, Don Elías no tuvo opción, pues tristeza profunda le daba decidir por uno o ambos. Él prefiere no seguir con este supuesto mal del destino e idea un plan. Es así, que decide ofrecer a sus hijos con otras familias. Los ubica en dos diferentes lugares, pensando que así

sería imposible que algo malo suceda. Ya planificando bien sus ideas, una señora, que también acaba de tener unos gemelos, con mucha modestia fue a preguntarle a Don Elías sobre qué decidía hacer, ya que ella misma tampoco sabía qué opción tomar. En ese caso, Don Elías, le comparte su plan e insiste que él podrá ayudarla. Su idea consistió en llevar a cada gemelo a otras familias de forma separada. Para Don Elías las cosas podrían ser más beneficiosas si van en parejas como hermanos de diferentes padres. A los dos hijos de Don Elías les puso Manuel y a los hijos de la señora María, les puso Vicente. Los juntó en una canasta y les apuntó el nombre en un papiro, para que así la nueva familia que los encuentre sepa al menos el único recuerdo que les dejó sus padres. Pensó en muchas opciones sobre en qué lugares podría dejarlos. Al primer par lo dejó dentro del mercado Santa Clara y ver si podría convertirse en una buena persona criándose dentro de una familia humilde y trabajadora. Mientras que el otro fue dejado dentro de uno de los jardines en la casa de una de las hacendadas más adineradas del virreinato. Estos últimos fueron los únicos niños en ser recibidos por esta familia acomodada, mientras que el otro par apenas fueron vistos a pesar de ser unos recién nacidos. Así que Don Elías, muy preocupado, decide que lo mejor es que él asuma la responsabilidad de estos dos olvidados, porque ya se sentía muy mal con tan solo ver cómo uno de sus hijos era cuidado por otra familia. No obstante, tras la definitiva guerra de Ayacucho y la independencia, el Perú tuvo que reformarse y reconstruirse desde un país independiente. Por ello, los cambios fueron drásticos: la familia hacendada, tras tantas revueltas y pérdidas de patrimonio, deciden huir directos a la ciudad de Lima para conformar su casta de manera más cuidadosa. Por otro lado, Don Elías, con la escasez económica que fecundaba en la ciudad de huamanga, decide huir con sus recién nacidos hacia Trujillo, el cuál tomaría un viejo oficio como pescador. Ambas familias nunca supieron de nada sobre los dos, aunque eso no duraría para siempre. Más allá de que las advertencias de la misma chamana sean ciertas o no, sea en este caso una bendición como un presagio destructor, los destinos de ambos gemelos tendrían la fuerza suficiente para ser nuevamente entrelazados.

Escena 2

Un viejo foráneo en metrópolis hostil

(Alrededor de la Plaza de Armas)

(Se encuentran algunos ciudadanos alrededor del conflicto vociferando. Están dos guardias controlando a un viejo señor que trata de escapar mientras que llega el alcalde en medio de la situación)

Alcalde ¿A qué se debe tanto desorden?

Guardia 1 Mi señor alcalde, le informo que encontramos a un intruso tratando de vender en el mercado sin ser identificado.

Alcalde ¿Y cuál sería ese problema que yo tenga que resolver?

Guardia 2 No es un problema corriente, ya que en caso contrario nunca habiéramos hecho uso de su presencia y provocar alguna incomodidad en usted.

- Alcalde** Suelten su informe con premura que el tiempo se me agota esperándolos.
- Guardia 1** Disculpará nuestra forma de intervenir con su corto tiempo, pero es bueno contextualizar la situación.
- Guardia 2** Sí... Verá, mi señor alcalde... Este hombre mayor que ve aquí fue atrapado vendiendo pescados en un puesto del mercado sin alguna licencia. Se ha negado a decirnos su nombre y en la medida de lo poco que nos ha hablado, más sorpresas traía.
- Alcalde** ¿Pero qué problema trae ese anciano mercader más allá de ser ilegal?
- Guardia 1** Exactamente es mucho más ilegal de lo que se presume.
- Alcalde** ¿Qué tanto?
- Guardia 2** Uno mucho más de lo que se puede imaginar.
- Alcalde** Suéltalo con prontitud.
- Guardia 1** Pues la de vendedor irregular no es mayor problema con lo que le voy a decir, mi señor alcalde.
- Alcalde** Pues vengo esperando desde hace un largo balbuceo dicho delito.
- Guardia 2** Permita entendernos que no se trata de un simple viejo.
- Alcalde** ¿De quién estamos hablando, entonces? Denme respuestas
- Guardia 1** Es que eso mismo nos angustia decirlo.
- Alcalde** Pues decírmelo es su deber.
- Guardia 2** Aun así pensamos que darle dicha afirmación es un poco precipitado con tanta gente.
- Alcalde** Lo único precipitado es mi paciencia, así que hagan uso de sus facultades y díganme ¿cuál es el frenesí?
- Guardia 1** Creemos que aquel viejo no es de aquí.
(Se escuchan algunos murmullos entre los ciudadanos)
- Alcalde** ¿Si no?
- Guardia 2** De las afueras
- Guardia 1** Un foráneo
- Alcalde** ¿De qué parte?
- Guardia 1 y 2** Creemos que por el acento es del norte.
- Alcalde** Entonces no tiene nada que ver conmigo, los foráneos del norte tienen derecho de entrar y pisar nuestra metrópolis con la única razón de ventas y compras.
- Guardia 2** Aun así, eso no sería todo.
- Alcalde** Les ruego, que con mi santa paciencia, no me alimenten de sus hipótesis en cucharones, que no soy un infante que no sabe entenderlos. Denme la única razón por la que debería estar aquí presente.

- Guardia 1** Sabrá entonces que uno de los mercaderos lo escuchó decir algunas palabras en quechua de manera fluida y con discreción al tratar de negociar unos lenguados con un sirviente indígena.
(Se escuchan algunos murmullos entre los ciudadanos cada vez más alto)
- Guardia 2** Esto quiero decir que...
- Alcalde** Sé lo que quiere decir...
- Guardia 1** ¿Entonces...?
- Alcalde** ¿Entonces, qué?
- Guardia 2** ¿Hará algo?
- Alcalde** Uhmmm... Es que sigo procesando su información y al parecer nada claro me ha quedado.
- Guardia 1** ¡Señor alcalde, este viejo mugroso es del Andes...!
(Todos los ciudadanos se asombran de forma estruendosa)
- Alcalde** *(Pausa)* ¡Ooooh! ... ¡Exactamente! ¡Era justo lo que tenía en mente! Solo me aseguraba de sus capacidades. *(Va hacia el viejo)* ¡Hey, anciano! ¿Me escucha?
(El viejo se queda tendido en el piso y se inmuta ante las palabras del alcalde)
- Alcalde** ¿Habla español? Levántese si es así...
(Se levanta)
Entonces sí entiende. Dígame, ¿qué hace aquí sabiendo que está completamente prohibido entrar a tierra Limeña siendo usted un simple serrano?
(El viejo no dice nada)
Al parecer no sabe nada de lo que le digo...
Bueno: ¡Guardias! Ya saben qué hacer...
(Los dos guardias toman al viejo y se lo quiere llevar, pero prontamente se escucha una voz ronca, seca y cansada)
- Don Elías** ¡Por favor, suéltense! ¡Déjenme libre!
- Alcalde** ¡Ah! Al fin habló este cholito.
- Don Elías** Le ruego, señor alcalde; mi misión en esta ciudad solo es breve.
(Pausa)
- Alcalde** ...Verá que su brevedad no dice nada de su inocencia.
- Don Elías** Soy solo un viejo pescador de Trujillo y busco ganarme unas monedas antes de partir nuevamente a mi ciudad.
- Alcalde** Deberá ser más sincero y directo con sus razones, pues no puedo creerle. Se nota con bastante claridad que usted no es de Trujillo.
¿De qué lugar viene, viejo indecente?
- Don Elías** Les juro que digo la verdad, pero tomen esto como una simpleza.

- Alcalde** Deberá ser próximo porque por culpa tuya y de mis guardias, aquella paciencia me falta.
- Don Elías** Mi prontitud ha llegado, quisiera decirle que soy proveniente de la ciudad de Huamanga.
- Guardia 1** ¡Con que un Ayacuchano!
- Guardia 2** ¿Pero uno vendiendo pescado? ¿Y si tal vez está mintiendo de nuevo y realmente es de Trujillo? Son los únicos que tienen permiso para traer alimento marino a Lima.
- Guardia 1** ¿Con qué fin quisiera justificar semejante cosa? No ves que no le conviene decir que viene de la sierra.
- Guardia 2** ¿Pero y los pescados que traía? Eso es una pista que dice mucho...
- Guardia 1** Estamos cerca del mar, así cualquiera puede pescar algunos.
- Guardia 2** Tu interpretación puede ser buena, pero yo dudo por completo...
- Alcalde** ¡Ya, cállense!
¡Tú, Anciano! Demuestra tus razones porque me quedan solo dos segundos para mandarte a un calabozo.
- Don Elías** Es difícil con el poco tiempo que me da, pero solo vengo en busca de mi hijo, que ha partido hace varios años y no lo encuentro ni en las tierras, ni en los mares, ni mucho menos en el Andes.
Sucedó que hace muchos años, Manuel, mi hijo, perdió a su hermano gemelo. Para mi familia, el nacimiento de ambos no fue el mejor de los milagros por el hecho de haber provocado en el parto, involuntariamente, la muerte de su madre. La llegada de mis gemelos estaba generando el infortunio y posiblemente una maldición.
Constataba un problema con un futuro incierto.
La única opción que me daba nuestra chamana del pueblo era separar a ambos y librarnos de cualquier mal.
No me sentía completamente seguro de esta decisión, pero no había mucha confianza sobre nuestro destino, así que decidí separarlos y ofrendarle a una familia adinerada con uno de ellos, y otro hijo gemelo más que le pertenecía a una familia que sucumbía a lo mismo.
Ante la debilidad de mis emociones, no pude dejar a los otros dos niños, mucho más cuando uno de ellos seguía siendo realmente de mi sangre. Así que solo decidí huir de aquella ciudad con ellos dos para empezar una nueva vida.
Vivimos casi un largo tiempo en Trujillo como pescadores y navegantes.
- Alcalde** Penoso destino para aquéllos que menos tienen, pero justo y preciso si Dios lo ha querido así para retar su fe.
- Don Elías** Tal vez usted lo vea así, señor alcalde, pero los destinos no tendrían por qué solo ser justificados como un acto de fe, sino como hechos que van más allá de nuestro entendimiento. Los Apus nos dieron estos dos pares de gemelos en un pueblo de guerra e independencia. Todo esto, para nosotros, son señales de purificación y reivindicación. Es, sin duda, la llegada de un nuevo camino en nuestra historia. Aquellas situaciones también nos afectan y al parecer no todos tenemos las mismas oportunidades.

- Alcalde** No insultes así la fe de todos nosotros y mejor enfócate en tus detalles, que el delito tuyo no es cualquier juego.
- Don Elías** Perdonarán mis palabras, aunque tal vez así no sea, mi camino y el de mi familia estaban en un nuevo surco con nuestra nueva vida. Sin embargo, pecado mío fue contarle la verdadera historia a mi hijo. Después de tener edad suficiente para la vida, decidió zarpar un viaje con su hermano adoptivo, hijo de una señora campesina que también tuvo el mismo destino que yo. Ambos soñaron con la idea de encontrarse nuevamente con sus hermanos gemelos y así resolver muchos misterios. Sin embargo, para nosotros no existía alguna señal de los otros dos hermanos. Es aquí mi preocupación, en la que tras tantos años de búsqueda, mi única y última opción era entrar a la capital con solo tener la posibilidad de encontrarlos...
- Alcalde** Uhmmm... Ya veo... Conmocionado me he quedado. Algunas lágrimas me han brotado. Vaya decisión difícil podría tomar... veamos:
¡Guardias!
- Guardia 1** ¿Mi señor alcalde?
- Guardia 2** ¿Desea que soltemos al anciano?
- Alcalde** No, alcánzame un pañuelo para limpiar mi llanto.
- Guardia 1** Aquí le brindo uno para usted.
(Comienza a sonarse la nariz fuertemente con el pañuelo, se lo entrega al Guardia 2 y se limpia sutilmente en su prenda)
- Alcalde** Bueno, anciano. Aceptaré que me ha conmovido de forma inesperada sabiendo que soy un hombre bastante serio que muy raras veces se conmueve.
(Todos los ciudadanos susurran con sarcasmo e ironía)
- Don Elías** ¿Entonces me dejará libre?
- Alcalde** No será tan fácil. Las leyes están escritas para ser obedecidas. Para ello, se estipula que un intruso foráneo no aceptado dentro de nuestra ciudad tendrá solo dos opciones: pagarnos una multa de ocho reales...
- Don Elías** ¡Esa cantidad me parece exagerada!
- Alcalde** Entonces la segunda opción podría ser propicia para usted.
- Don Elías** Seguramente será aquélla que terminaré aceptando.
- Alcalde** ¡Pues la muerte será!
- Don Elías** ¿Cómo dice?
- Guardia 1** Lo que acaba de escuchar. Deberá ser eliminado en esta misma plaza dentro de unas horas en frente de todo el público.
- Don Elías** ¡No, espere! ¿Y tengo algunas opciones?
- Guardia 2** ¡Claro que sí!
- Don Elías** Pues me parece importante saberlas.
- Guardia 2** Puede elegir entre la horca, el garrote o, el que me gusta más, el fusilamiento.

- Don Elías** ¡No, no, no! Esas opciones no pretendo tomar. Quisiera saber si existe otra forma de salir libre sin tener que pagar tanta cantidad o mucho menos siendo simplemente un cadáver.
- Guardia 1** Pues no hay más opciones...
- Don Elías** Sabrá que actualmente no tengo casi nada de plata. Me han atrapado tratando de conseguir algo de dinero vendiendo mis pescados, pero ustedes me lo han decomisado. Luego de ello, no tengo ningún bien más que estas prendas que ni vendiéndolas todas me alcance para un solo real. En ese caso, prefiero morir digno con el único atuendo que me queda.
- (Pausa)*
- (Comienza a hablar a los ciudadanos y reclamar. Unos están a favor de matarlo y otros de darle alguna oportunidad. Comienza un pleito entre voces)*
- Alcalde** Bueno, bueno... ¡A callarse todos, que es lo más sensato! Tampoco quiero una muerte tan cruel después de todo lo que nos ha contado. Pues como soy uno de los alcaldes más honorables y buenos de la ciudad, le daré una oportunidad. Tendrá solamente un día para poder conseguir el dinero de la multa. Podrá prestarlo o juntarlo con el ingenio que vea conveniente, pero en esta ocasión solo tendrá veinticuatro horas para lograr alcanzar dicho monto. En caso contrario, le recomiendo rezar y confesar sus pecados. Vaya de una vez y ni trate de huir, que toda la ciudad estará muy bien avisada por si se le encuentra escapando.
- (Dejan suelto a Don Elías y todos se van y se quedan ambos guardias)*
- Guardia 1** Vaya momento para más raro.
- Guardia 2** Yo sigo pensando que ese señor es Trujillano.
- Guardia 1** Y este tiene más terquedad que una mula vieja ...
lo que debería causarte más intriga es sobre aquellos gemelos.
- Guardia 2** ¡Es cierto! ¿Se habrán encontrado?
- Guardia 1** O si realmente todo lo que ha dicho ese señor es verdadero.
- Guardia 2** ¡Claro! Pudo ser otro truco más para salvarse el pellejo.
Ese tipo de engaños es muy común en entre los provincianos.
- Guardia 1** Aun así, no le veo mucho futuro a este señor. Si es hoy o mañana, de todas maneras quedará muerto en esta plaza ... *(Se van)*

Escena 3

Anclados, escondidos y husmeando

(En un mercado cerca del puerto del Callao. Se ve a un mercader sosteniendo algunas prendas como unos ponchos, camisas muy sucias, unos pantalones cortos, unas ojotas y otras prendas)

- Mercader** ¡Qué trayectoria para más bizarra! No puedo creer que haya logrado todo eso solo por encontrar a dos personas.
- (Manuel detrás de un vestidor)*

- Manuel de Ayacucho** Bueno, el lujo de conocer gran parte del mundo es producto de nuestra propia obsesión por encontrar a nuestros hermanos perdidos.
- Mercader** Pero entendiendo mejor sobre su historia, le recomiendo no decir nunca en esta ciudad que usted es de la sierra. Está totalmente prohibido cualquier foráneo del Andes.
- Manuel de A.** ¿Y a qué se debe todo eso?
- Mercader** La ciudad está en plena reconstrucción después de la independencia y lo menos que se quiere es más revueltas en la ciudad. Es una forma de protegernos. Proteger la capital para proteger la nación.
- Manuel de A.** Esto me suena más a un miedo racial por intereses de pocos. Mi hermano y yo llevamos un largo viaje por muchas tierras y todos quieren lo mismo: paz, cuidado, dignidad y vida plena.
- Mercader** Tal vez sea cierto, pero no debemos confiarnos. Le recomiendo que se deshaga de estas prendas si quieren pasar desapercibidos.
(Manuel detrás de un vestidor)
- Manuel de A.** Tal vez todas estas prendas las venda o queme, pues también las veo algo viejas y sucias. Pero con este poncho, recuerdo de mi padre, me la quedaré y si simboliza alguna amenaza en esta ciudad, se las verán conmigo.
- Mercader** Yo solo le advierto que tenga algunas excusas que aquí nadie perdona con facilidad. Más bien, tenga esto: el vuelto de su dinero.
(Llega Vicente de Ayacucho)
- Vicente de Ayacucho** ¡Hermano! ¡Hermano mío! Te venía buscando y casi me veo perdido.
- Manuel de A.** Dime, ¿encontraste alguna posada para esta noche?
- Vicente de A.** Por lo poco que pude explorar por el mercado me dicen que en la misma ciudad de Lima podré encontrar posadas mucho más económicas. Aquí tengo una lista...
- Manuel de A.** Has hecho un buen trabajo hermano.
Señor mercader, disculpe: ¿podrá confirmarnos si alguna de esta podría ser de nuestro agrado?
- Mercader** Tal vez pues, veamos...
(Revisan el papiro y Vicente lo lee en voz alta)
- Vicente de A.** ¿Qué tal ésta? "*La gallina que vuela*"
- Mercader** Es solo un corral que ni alas tiene y que ni vuela, pues apenas se mantiene en pie con un solo pilar.
- Vicente de A.** ¡"*El perro que ladra*"!
- Mercader** Si no quieren riñas, mejor ni se asomen en aquel lugar.
- Vicente de A.** "*El zancudo picado*"
- Mercader** ¡Jah! ¿Zancudos? ¡Puras pulgas y garrapatas!

- Manuel de A.** ¿Y es que aquí solo hay nombres de animales?
- Vicente de A.** No, hermano. Mira justo ésta: *"El bote sin remo"*
- Mercader** A ese le faltan camas...
- Vicente de A.** Ni modo, solo nos queda ésta: *"La última llama"*
- Mercader** Atractivo, casi una moneda por noche y es clásico para cuando ya no te quedan opciones.
- Manuel de A.** Pues ahí será. Ve, Vicente, hermano mío, y separa con estas pocas monedas que nos quedan, algunas noches en aquella posada. Toma también este poncho, para identificarte en la gran ciudad.
Yo aún me quedaré a explorar y estudiar las costumbres de Lima y si tal vez alguna pista de nuestros hermanos pueda escuchar. Ya está anocheciendo y mejor ve con prontitud para encontrar algún cuarto y, si es posible, nuestra cena.
- Vicente de A.** No hay problema mi hermano, voy con soltura y si tienes alguna información, no dudes en compartirla. Nos vemos en la brevedad... *(Sale)*
- Manuel de A.** Señor comerciante, ¿podría orientarme un poco más sobre la ciudad?
¿Tal vez algún paseo o quizá guía? Le regresaré el favor ofreciéndole aquellas prendas que tiene usted en sus manos y la cena de esta noche.
- Mercader** No es por molestarlo, pero estas prendas poco o mucho valen, pero de todas maneras las acepto y, por otro lado, la cena de esta noche ya la tengo ocupada. Con calma mañana en la mañana nos podamos ver y yo encantado de ayudarle como guste.
- Manuel de A.** Tendrá que ser así. Con gusto seguiré mi camino y encontrar algunas otras pistas serán mi misión en lo que resta de este día. ¡Buenas noches!
(Sale del puesto del mercader y se planta en la salida del mercado con Vicente de Lima buscando a alguien)
Aquí hay otra nueva ciudad por explorar y yo ya agobiado me siento. No cabe duda que somos un puñado de oro buscando otro igual. Parece sencillo identificarlo por su brillantez, pero es suficientemente escasa para no percibirla dentro de tanto montón de piedras. Aunque tan parecido puede ser de mí, busco al hermano que nunca vi y en esa maraña de largos viajes, pareciese un fantasma que me hace dudar de mí. Como si buscándolo solo hace que yo más me pierda...
(Aparece Vicente de Lima buscando a alguien)
Pero hablando de estar perdido, ¿qué hace Vicente nuevamente aquí?
- Vicente de Lima** *(Va corriendo)* ¡Oh! Hermano mío. Vengo de una búsqueda larga y al fin puedo encontrarle. Tanto tiempo me ha tomado hallarle para solo avisarle que la cena ya estaba lista y que su esposa y cuñada vienen esperándolo toda la tarde. Mire el cielo, ya está anocheciendo y pues más riñas nos van a dar uno por no encontrarlo y al otro por estar perdido.
(Le jala el brazo con afán de llevárselo)
- Manuel de A.** ¡Espera, hermano! ¿Qué cosas dices? No te he entendido nada. ¿Esposa? ¿Cuñada? ¿Cena?! Si apenas te he dejado con el encargo de pedir posada.

- Vicente de L.** ¿Cómo dices, hermano...?
- Manuel de A.** Bueno, no importa. Si ya estás aquí, vamos juntos a explorar la ciudad. Mejor devuélveme las monedas para sentirme seguro.
- Vicente de L.** ¿Qué monedas me hablas, hermano? No hay tiempo para explorar nada. Ya bien conoces toda la ciudad y mucho más el carácter de su esposa. Así que mejor vamos. *(Lo vuelve a jalar del brazo)*
- Manuel de A.** Pero qué cosas dices, hermano. Si andas creando cuentos para no decirme la verdad o será porque de seguro el dinero se te ha perdido. Ya me las verás.
- Vicente de L.** No sé de qué me hablas hermano, yo no tengo nada entre mis manos.
- Manuel de A.** ¿Y qué bicho te ha picado ahora? No me vengas con chistes que no estoy para aguantarlos hoy. ¿Dónde están esas monedas?
- Vicente de L.** Parece que el bicho que mencionas, hermano, no me ha picado a mí, sino a ti. No me has dado monedas, oro o algo similar, ni siquiera un saludo cordial. Así que no hay más explicación, ya debemos irnos por el bien de los dos.
(Le jala el brazo)
- Manuel de A.** Deja de hacer eso y respóndeme con premura. *(Se suelta)*
- Vicente de L.** No se haga caso y siga con mi misión.
(Le jala el brazo nuevamente)
- Manuel de A.** ¡Que no hay otro deber tuyo que devolverme mi plata!
(Se suelta nuevamente)
- Vicente de L.** ¡Que ya no siga y regresemos ya!
(Le termina jalando el brazo. Manuel de Ayacucho lo detiene y le da un golpe de cabeza)
- Manuel de A.** ¡Ya basta, Vicente! ¿Qué te pasa?
- Vicente de L.** ¡Ahh!! Hermano mío, ¿por qué acudes a los golpes conmigo?
- Manuel de A.** Porque con mi labia no me entiendes. Necesito las monedas en mi mano antes que te las busque sin cuidado.
- Vicente de L.** Yo ya no te entiendo. Mi única misión es regresarte a tu casa, que tu mujer te espera con ansias. Ahora no diré más porque aquella golpiza me la puedes regresar.
- Manuel de A.** Creo que no te doy otra porque piensas que loco estoy, tal vez un embustero representas hoy. No me pidas más cosas y lárgate de una vez. De seguro solo eres un orate, porque ya venía advertido que gente mal disfrazada solo viene a dañar a gente llana. Buscaré a mi verdadero hermano y pronto solucionaré este caso. *(Se va)*
- Vicente de L.** ¡Pero hermano...! *(Pausa)*
No cabe duda que se ha quedado chiflado...
¿En qué momento se ha vuelto tan testarudo?
¿Acaso le habrá pasado algo?
¿Por qué me insistía con tantas monedas?

De seguro necesita comprar algo o se lo debe a alguien. No creo que tenga otra historia más porque no lo he visto u oído como si hubiese tomado algunas copas demás.

Deberé regresar con su esposa y hablarle de esta situación. Probablemente yo solo no lo resuelva. Aquí, su mujer, lo pondrá en sus pies. (Se va)

Escena 4

Las papas que queman en una cena fría

(En la casona de Manuel de Lima. Entra Andrea y su hermana Lucía)

- Andrea** Ya la luz se ha perdido en el ocaso y ninguno de los dos ha regresado.
- Lucía** No hay por qué preocuparse, hermana mía.
Tal vez sus deberes demoren más de lo que se han imaginado.
- Andrea** Pero si no es tan complicado encontrar a Manuel, a menos que Vicente se pierda entre conversaciones y chismes de la ciudad. No entiendo por qué tanto retraso.
- Lucía** Dale paciencia y cuidado a las razones que tengan en estos momentos.
Hermana, de seguro les han invitado a cenar algún amigo suyo y corto se han quedado diciendo que no.
- Andrea** De todas maneras, si es que a Vicente yo mismo lo he mandado para que traiga a mi marido. Muy bien sabe que cena hoy aquí.
- Lucía** Pues mejor vayamos a comer, porque el temperamento caliente lo tienes y la cena fría pronto estará. Mejor no te vayas a molestar y tomemos la mesa mientras termina nuestra espera.
- Andrea** Razón tienes, hermana.
Solo que me angustia que tal vez hayan atrapado algún mal.
- Lucía** Pero si es en la ciudad de Lima, hermana mía, donde la palabra paz es su segundo nombre, donde nadie viene a engañarnos o molestarnos.
Estamos en una época plácida, después del fin de cualquier guerra y verás que siempre tendrás un apoyo. No por nada nos dicen "ciudad de potencia".
Mira que aquí no dañan ni en el rincón de una escondida esquina.
- Andrea** Pero ¿qué dices, mujer? Con esas palabras, así me preocupas más.
No sé si son alientos de tu parte o simples sustos sarcásticos.
- Lucía** Bueno, bueno... Tienes razón. Pero no dudes de ellos entonces, que los conoces mucho mejor.
(Se ve llegar a Vicente de Lima)
- Lucía** ¡Pero mira! Ahora algún alivio tendrás, que aquí Vicente viene con velocidad.
- Andrea** No puedo negarlo, pero ¿dónde está Manuel?
Ahora me interesa saber qué cuento viene a traer.
- Lucía** Tal vez algo bueno, aunque veo al pobre sobándose la cabeza.
Tal vez ha pescado alguna riña.

(Entra Vicente de Lima)

- Vicente de L.** ¡Hermosas damas!
Lamento mi hora de llegada y mucho más que venga sin nada.
- Andrea** Pero ¿qué ha pasado, Vicente? ¿No debías venir con Manuel?
- Vicente de L.** Eso mismo pensaba hacer, pero ni bien lo encontré, me sacudió con su poca lucidez
- Lucía** ¿A qué te refieres con eso?
- Vicente de L.** ¡Pues que no ha querido venir! Se ha estado peleando conmigo por no entender el encargo que tenía para él. Solo me requería un dinero que jamás me dio.
- Andrea** ¿Y a qué se debe todo eso?
- Vicente de L.** ¡No tengo ni idea!
Yo solo le decía: "*Hermano es hora de la cena*"
"*Mis monedas*", decía él.
"*La comida se enfría*", le dije.
"*Mis monedas*", decía él.
"*La noche ya se acerca*", le dije.
"*Mis monedas*", él decía.
"*Tu esposa amorosa, te espera*", le dije.
"*Que a ninguna esposa conoce*", decía él.
"*Aquí las papas se queman*", le dije.
"*Mis monedas*", decía él ... Todo para finalmente recibir un coscorrón entre tanto.
- Lucía** Pero ¿qué le pasa a este hombre?
¿Acaso no se daba cuenta que eras su hermano?
- Vicente de L.** Pues al parecer, no.
Terminó diciéndome que soy un embustero porque no tenía su dinero.
- Lucía** ¡Oh, hermana! Tal vez ha tenido una mala racha y ofuscado se ha quedado...
(Pausa) ¿Hermana? ... ¿No piensas decir nada?
- Andrea** Vicente...
- Vicente de L.** Dime, cuñada.
- Andrea** Ve nuevamente a traer a Manuel.
- Vicente de L.** ¿Cómo?
- Andrea** Lo que me has escuchado.
- Vicente de L.** Sí te he entendido claro, pero ¿Cómo? ¿Cómo lo traigo?
- Andrea** Pues dile que aquí enojada le espero y que tiene una sola hora para regresar o la puerta cerrada estará.
- Vicente de L.** Pero si voy así, otra golpiza recibiré.
- Andrea** No juegues conmigo porque si él solo te ha dado un sutil golpe, yo te daré miles más. No tendré piedad ... ¡ni contigo, ni con él!

- Lucía** Es mejor que le hagas caso, querido Vicente. Ya no aguardes más su enojo y obedece. Tú conoces mejor a tu hermano y sabrás cómo regresarlo.
- Vicente de L.** Me he convertido en un simple mensajero que me hace parecer más a un barril sin fondo que rueda en un vaivén de golpes.
- Andrea** Pues no te apresures en recibir otro más.
- Vicente de L.** Pues no deseo ningún otro más.
Me basta con sus palabras, que ya adolorido me ha dejado.
- Lucía** Entonces ve y no pierdas el tiempo, que aquí con ansias te esperamos.
- Vicente de L.** ¿En qué momento debí pagar por todo esto? Voy apresurado a encontrarlo, hermosas damas. Tengan paciencia y confíen que pronto él regresará. (Se va)
- Lucía** ¿Qué tontería le ha pasado a Manuel? ¿En qué enredo se ha metido ahora?
- Andrea** No lo sé, hermana mía. Hay veces que no lo aguanto ni de noche ni de día. ¿Con qué afán ha dicho que no tiene esposa definida? ¿Será que mi belleza se está perdiendo cada vez? ¿Y si anda pidiendo plata para verse con otras damas?
- Lucía** No tienes por qué pensar de esa forma. Él tiene sus propios motivos y dale la libertad que ofrezca sus razones y disculpas.
- Andrea** ¿Con qué seguridad le voy a creer? No tiene sentido que pida dinero, sabiendo que aquí no le hace falta nada.
- Lucía** Hermana, tal vez esta información te dé más calma, pero sabrás que Manuel me ha hecho guardar un secreto.
- Andrea** Pues dímelo antes que me vaya a desmayar.
- Lucía** Deja de estar dudando ya porque te cuento que te está preparando un presente. No es ni más ni menos que una bella cadena de oro. Solo te cuento esto para que respires un poco.
- Andrea** ¡Qué sorpresa inesperada! Me siento una loca indignada pensando en que él me engañaba. Pero sus verdaderas intenciones fueron pensando en los amores de su bella esposa.
- Lucía** Me alegra saber que estás más calmada. Parecías una celosa, casi loca, pero manejada por tus emociones alteradas. Así que no hay culpa. Vayamos a comer y la sorpresa llegará en su momento deseado.
- Andrea** Todo me es más claro. Aun así, no se salvará de lo ya mencionado. Una hora tendrá para llegar o la puerta habré cerrado. Pues advertido por Vicente está. Y no digo más, sino me voy a alterar. Vayamos a la mesa, linda hermana. Tú si me quieres y me acompañas.
- Lucía** Descuida, mi hermanita preciosa. Degustemos los platos y descansemos un rato. Esperemos que Vicente sea buen hermano y traiga a tu amado.
- Andrea** Sigo pensando si fue una buena idea mandarlo a él solo; tal vez todo sea desastroso.
- Lucía** Calma las aguas y quédate serena...
(Andrea y Lucía se van)

Escena 5

Un oro que no pesa

(En la Plaza de Armas de Lima)

(Se presencian varias personas caminando por la plaza, algunos vendiendo ambulatoriamente, algunos paseando y otro haciendo un poco de bulla. Se ve en el centro un joven comerciante cajonero con un pequeño y ligero puesto tratando de vender sus productos)

Joven Ángelo *(Hace uso de un pregón)*

¡Oiga, señora! ¡Oiga, señor!
¡Presten atención y sigan voz!
Con estas preciosas joyas,
¡qué fino, que divino!
¡Oro de lujo, oro para el amor!
¡Plata para el varón, plata de Plutón!
¡Para cadenas y collares, que relucen con la fe del sol!
¡Metal sin engaño, pureza y honor!
¡Aquí estos kilates y alhajas,
garantizadas por mi padre,
el mejor orfebre de toda esta nación!
¡Fundición de doblones de a ocho!
¡Hacemos eslabones para cadenas gruesas, al peso del oro!

(Empieza a ver menos multitud y entra Manuel de Lima)

Manuel de L. ¡Oh! ¡Qué descuidado soy! No sé por dónde encontrar aquella sorpresa brillante para mi hermosa esposa irradiante. Vengo caminando largas leguas y no he visto un joyero o simple metales para al menos sentirme satisfecho...

Joven Ángelo ¡Qué fino, que divino!
¡Oro de lujo, oro para el amor!
¡Plata para el varón, plata de Plutón!

Manuel de L. ¿Pero qué escucho?... ¡Oh! ... ¡si es un pregón!
¿A poco dijo oro y plata? Ya el cansancio me mata.
Pero tendré suerte intentando por última vez preguntándole a este joven comerciante.
(Va hacia el joven) ¡Oiga, usted! El de las joyas y la plata.
Deme algo de oro, uno especial, por favor. ¿Me escucha, mancebo?

Joven Ángelo Qué aviso más raro, normalmente yo soy el que grita y atraigo, pero él viene sin reparo...
Dígame, señor de alta pensión, ¿qué le interesa de mi inventario?
Mi padre, el señor Don Ramón, es el mejor orfebre de todo Lima con productos de rara adquisición.

Manuel de L. Vengo de horas y horas tratando de lograr mi misión.
Por fin, viendo tu semblante y tus tesoros me dejan con admiración.
Vengo buscando una joya en presión.
Un collar de oro para mi dulce amor.

- Joven Ángelo** Me alegra saber que aquí me encuentra. Le traigo respiro y relajación. Como ve, tengo miles de artesanías, finas y brillantes. Sin embargo, en estos momentos lo que usted me pide ya se acabó.
- Manuel de L.** Pero, ¿Cómo dice? Si me he tardado tanto buscando y con el milagro de verlo a mis costado solamente para decirme que no trae lo que tanto vengo anhelando.
- Joven Ángelo** No termine sus palabras de esa forma, que aquí yo le traigo soluciones. Verá que en esta caja no se encuentra aquella joya hermosa, pero yo a mi padre le pido que haga lo que tanto desea, y en un día estará listo para su sorpresa.
- Manuel de L.** ¡Vaya! Y así los ánimos me regresan. Qué gran suerte y bendición usted al decirme tanta maravilla. Veamos, ¿Qué debo hacer?
- Joven Ángelo** No mucho, mi padre tendrá listo mañana temprano aquel regalo. Usted solo debe darme el lugar de su morada y ahí mismo llegará con mucha elegancia.
- Manuel de L.** Tome este trozo de papel que aquí dice los detalles de mi posada. Le tendré el dinero listo para cuando lo vuelva a ver. No desconfíe de mí porque probablemente su padre me conoce. Dígame que soy Don Manuel de Lima. No dudará en ubicarme y de confiarme su arte como seguro tanto lo hace.
- Joven Ángelo** Creo en su palabra. No me queda más que regresar a casa. Ya mucho tengo con este día, que vengo constantemente vociferando en esta esquina. Iré de pronto a verle a mi padre y contentos quedaremos. Vaya a descansar, que usted también se ve desecho. Nos vemos pronto y que tenga un buen alivio.
(*Alista sus cosas y se va*)
- Manuel de L.** ¡Vaya, Vaya! Descuide y no se atolondre. ¡Qué gran fortuna me ha pasado hoy! Después de tanta ajetreo mi labor está por completar. La felicidad que me llena saber que pronto mi mujer recibirá aquella infinita sorpresa. Me pregunto ahora, ¿Qué hora es? Llego tarde si es que no me ven.
(*Se va el joven Ángelo y entra Vicente de Lima*)
- Vicente de L.** ¡Hermano! ¡Hermano! Por fin te veo. No sé si es el descarado, pero dígame si se siente mejorado.
- Manuel de L.** ¿Mejorado? ¡Estoy de maravilla! Finalmente conseguí lo que tanto pedía.
- Vicente de L.** ¿Alguna moneda perdida?
- Manuel de L.** ¡No, algo mucho mejor!
- Vicente de L.** ¿Su cordura? ¿Su razón?
- Manuel de L.** ¿De qué me hablas, hermano de mi corazón?
- Vicente de L.** Es que te tengo un poco de miedo porque la otra vez que te vi, recibí un golpe.
- Manuel de L.** ¿Cuándo hice eso?
Nunca sería tan violento y mucho menos con alguien a quien aprecio. A menos que realmente necesario sea, pero en todo el día ocupado me he mantenido.
- Vicente de L.** Yo ya no sé qué pasa, pero tú antes venías pidiéndome plata. Y tanta fue la insistencia que al negarme por última vez, mi sentencia fue callado por un golpe con impotencia.

- Manuel de L.** ¿Qué trago vienes tomando? Aquí te digo que yo no te he hecho daño. Mira, deja todo eso de lado y dime en concreto ¿qué haces en este espacio?
- Vicente de L.** Ya no sé si darle tantas vueltas hermano, pero tu mujer anda con enfado. Pues como te negabas a venir a la cena, fui para la casa y ella me ha regresado de vuelta. Esta vez tenemos poco tiempo o si no, a los dos nos cerrará la puerta.
- Manuel de L.** Sigo sin entender todo el lío, pero en qué momento me he negado a tus pedidos.
- Vicente de L.** Yo sigo más lúcido a pesar de todo, pero te suplico que regresemos pronto. No quisiera dormir en la calle, porque ella juró dejarnos afuera con llave.
- Manuel de L.** Está bien, hermano. No hagamos más confusiones y regresemos a casa antes que todo tenga más tensiones. *(Se van)*

Escena 6

Delirios de dos foráneos

(En una calle de la ciudad. Se le ve a Manuel de Ayacucho regresando de la posada mientras está buscando a Vicente de Ayacucho)

- Manuel de Ayacucho** ¡Vaya, Vaya! No sé lo que pasa. Tenía la mente segura que mi hermano tal vez había hecho de la suyas, pero preguntando en la posada me dicen que él ya había alquilado las camas. Me voy dando cuenta que en esta ciudad no solamente puede haber locos, sino embusteros y ladrones. Sin embargo, no sé si otra vez puede haber algún Vicente falso. Deberé tener cuidado y si encuentro entre su conducta algún fallo, no lo pensaré dos veces y que mi puño lo sentencie...
- (Entra Vicente de Ayacucho con algunas alimentos y se encuentra con Manuel de Ayacucho)*
- Vicente de Ayacucho** *(Entra silbando)* Pero si eres tú, hermano mío.
¿Qué haces en esta calle?, pensé que ya en la posada te quedaste.
- Manuel de A.** ¿Eres tú, hermano mío? Ya con esta noche no te distingo.
Revisemos con calma y acude a mis ansias.
- Vicente de A.** ¿Cuáles son tus dudas, mi hermano?
- Manuel de A.** Acércate más para verte con claridad.
- Vicente de A.** No sé con qué cercanía me quieres, que yo al frente tuyo estoy.
- Manuel de A.** Es que no lo entiendes, apenas puedo verte.
Asoma tu rostro sutilmente al mío, que yo solo sospecho que eres un pillo.
- Vicente de A.** Qué traes ahora, hermano loco. Solo te hago caso para que pares con este juego.
- Manuel de A.** Pues aquí viene mi respuesta, un cocacho entre tu cabeza.
(Le da un golpe)... Para que así entiendas que así no se juega, ... ¡embustero!
- Vicente de A.** ¡Ayyy! ¡Ayayayyy! ¡Ayayuuuy! Me dejas con una bola en la cabeza y yo ahora me pregunto con pena: ¿qué es lo que he hecho para merecer esto?

- Manuel de A.** Pues engañado he quedado viéndote que con mentira has jugado. Me decías muchas cosas, entre ellas que a una casa debíamos ir, que una esposa yo tenía ahí y que ningunas monedas yo te di. No sabes lo tanto que me has hecho pensar, ruin mentiroso. Este es un segundo golpe para hacerte recapacitar.
- Vicente de A.** ¡Ayy! ¿Qué cosas dices? Si soy yo, Vicente de Ayacucho, tu hermano de corazón. Yo sin hacer nada me quedo con las lágrimas. Solo puedo decirte que la posada y los alimentos fueron mis únicas misiones en este corto tiempo.
¿Por qué piensas esto de mí? Ya la noche y el cansancio te han consumido. Te voy a perdonar, pero debes calmarte una vez más...
- Manuel de A.** ¡Qué tragedia! Perdóname, hermano. Que yo muy confundido he estado. Recién veo el poncho que te había dado. Yo solo sentía miedo pues aquel ratero no me decía dónde estaban las monedas. Creía que todo era realidad y que yo loco estaba, pero veo que solo fue una ruin villanada.
- Vicente de A.** Hermano, debes estar exhausto. Vengo trayendo algo de alimentos. Unos panes con un poco de carne. Apenas para la cena tenemos. Pues debemos descansar y mañana seguir con lo nuestro.
(Suenan una voces femeninas)
- Andrea** *(En off)* ¿Pero quiénes hacen tanto barullo?
- Lucía** *(En off)* ¡Ya váyanse a sus casa, señores sin escrúpulos!
- Vicente de A.** Pero, ¿de dónde vienen voces aquellas?
- Manuel de A.** ¡Ya nos vamos! Si eso tanto les angustia. De nosotros no verán más, ni escucharán estruendosa bulla.
- Andrea** *(En off)* ¿Cómo? ¡Si yo creo conocer aquella voz! ¿Eres tú, mi amor?
- Manuel de A.** ¡No! No soy de aquí y a ningún amor le pertenezco.
(Entra Andrea y le sigue Lucía)
- Andrea** ¡Oh! ¡Manuel! ¡Eres tú! Pensé que perdido te habías quedado.
- Lucía** También eres tú, Vicente. Que al fin lo has traído a salvo.
- Vicente de A.** ¿Quiénes son ustedes? ¿Y cómo saben nuestros nombres?
- Andrea** ¡Dejen de hacerse los tontos que daño no les haré!
Solo que Manuel y, tú también Vicente, muy raros se ven.
- Lucía** Sí, aquella misma actitud extraña que Vicente venía diciendo hace unas tantas.
- Manuel de A.** ¿Acaso hablaste con ellas antes?
- Vicente de A.** No hay duda que estas mujeres están delirantes.
- Manuel de A.** Entonces, ¿cómo reconocen nuestros nombres?
- Andrea** ¡Ya no jueguen con nosotras!
Yo de todas maneras te quiero y entre tus brazos me engancharé.
- Manuel de A.** No se me acerque pues el susto me va a dar.
¿Qué es todo esto? Parece como si soñé mal.

- Lucía** Dejen de temernos, no haremos nada malo. Lo importante es que están aquí a salvo. Vayamos dentro de la casa, que aquí los espera unas ricas viandas.
- Vicente de A.** *(Se lleva a un lado a Manuel)* Hermano, creo que hablan más en serio qué delirio nuestro. Tal vez esta capital está hechizada. Tengo un mal presentimiento, pero podemos intentar seguirles el juego.
Veamos qué pasa ya que juntos estamos y así cuidaremos de nuestras espaldas.
- Manuel de A.** Creo que tienes mucha razón. Hagamos caso y no tengamos espanto.
Veamos qué traman entrando a su posada.
- Andrea** ¿Pues qué tanto habla? Vengan a cenar que con hambre deben estar.
- Manuel de A.** Ahí vamos.. ¿Amor?... Entren que nosotros ahora les alcanzamos.
- Lucía** Pues ahí los vemos. Entren ya, que volver a esperarles no queremos.
(Se van Lucía y Andrea)
- Vicente de A.** ¿Y ahora, hermano? Debemos ingeniar un plan antes de seguirle los pasos.
- Manuel de A.** Escúchame con atención. Tengo una pequeña idea, casi fugaz. Yo entraré a ver qué está pasando, algo se me ocurrirá en lo que voy explorando. Necesito que te quedes en la puerta, por si viene o entra algún otro que sea su cómplice.
- Vicente de A.** ¿Y por qué yo debo estar aquí afuera? También deseo ver aquella cena.
- Manuel de A.** Porque la idea a mí se me ocurrió y aquí yo soy el hermano mayor.
- Vicente de A.** ¿Qué mayor o menor? Si apenas por algunas horas nos llevamos los dos.
- Manuel de A.** Aun así, tengo ventaja de la decisión.
Así que sigue mis indicaciones que yo te lo resuelvo con un coscorrón.
- Vicente de A.** ¿Para qué pelearnos? Si no llegaremos a nada. Ve tú que aquí cumpliré mi misión. Al menos esta comida en las manos me dará reparo.
Ve antes que se ponga peor.
- Manuel de A.** Vuelvo en la prontitud de mi encargo, pero recuerdo cuidar este espacio.
Cuídate, mi hermano menor.
(Se va Manuel de Ayacucho y se queda Vicente de Ayacucho entre la puerta)

Escena 7

A cocachos no se aprende

(Fuera de la casa de Manuel de Lima. Entra Manuel de Lima y lo sigue detrás Vicente de Lima hasta llegar a la puerta)

- Manuel de L.** Pues al fin llegamos a la casa.
- Vicente de L.** Esperemos que la cena siga intacta.
- Manuel de L.** ¡Pero si la puerta está trancada!
- Vicente de L.** ¿No será que ya tarde llegamos?
- Manuel de L.** Toquemos de una vez.

Vicente de L. *(Toca la puerta)* ¡Abran la puerta!

Vicente de A. *(Desde adentro)* ¡No hay nadie!

Vicente de L. ¿Cómo que nadie, si a usted mismo lo escucho?

Vicente de A. Pues lo ha interpretado mal. Soy solo el guardián y aquí no hay por qué suplicar.

Vicente de L. ¿Cómo que un guardián? Explícate de una vez que esta puerta la voy a romper.

Vicente de A. No tengo nada que decirle. Siga su camino que aquí usted no vive.

Vicente de L. Pero si esta es la casa de mi hermano y aquí estamos ambos esperando.
¿Quién es usted, supuesto guardián?

Vicente de A. Lo único que le puedo contar es que Vicente es mi nombre.
No le abriré nada porque así mandan las órdenes.

Vicente de L. ¿Pero cómo es posible?
Este cuidador hasta el nombre me ha robado. ¡Abra esa puerta!

Vicente de A. ¡Que no, he dicho!

Vicente de L. ¡Que sí, yo digo!

Vicente de A. ¡Entienda que no!

Vicente de L. ¡Entienda que sí!

Vicente de A. ¡La puerta cerrada estará!

Vicente de L. ¡La puerta usted la abrirá!

Vicente de A. ¡Vaya de aquí!

Vicente de L. ¡No me muevo de aquí!

Vicente de A. ¡Deje de molestarme!

Vicente de L. ¡Le sigo molestando!

Vicente de A. ¡No quiera arrepentirse, que si sigue así, yo le abriré la cabeza!

Vicente de L. ¡Pues primero abra la puerta y ya veremos quién gana en esta competencia!

Vicente de A. ¡Usted ya perdió porque conozco su truco!

Vicente de L. ¡No sabe nada; abra la puerta y deje de hacerse el cojudo!

Vicente de A. ¡Que no!

Vicente de L. ¡Que sí!

Vicente de A. ¡Que no!

Vicente de L. ¡Que sí!

Vicente de A. ¡¡¡Que nooooooooooooo!!!

Vicente de L. ¡¡¡Que síiiiiiiiiiiiiiiii!!!

Manuel de L. ¡Ya basta! Pero en qué momento va a venir mi esposa.
Yo deseo que ella me aclare todas estas cosas.
¡Andrea, mujer mía! Escucha mi voz y cuéntame tu dicha.

- Andrea** (Desde adentro) ¿Quién molesta tanto a esta hora?
- Vicente de A.** (Desde adentro) No le haga mucho caso, señora, pura gente chabacana molesta en esta ciudad.
- Manuel de L.** Eres tú, esposa mía. Por favor, déjame pasar. Que aquí el frío está fuerte.
- Andrea** (Desde adentro) ¿Esposa tuya? Usted loco está.
Váyase de nuestra casa y no regrese más.
- Manuel de L.** ¿Por qué me echas de aquí con facilidad? No puedo aguantarlo más. Hermano, tráeme una barra o un metal. No pararé hasta dejar abierta esta entrada.
- Vicente de L.** Hermano, ¿estás seguro? Mejor no caigamos en más vergüenza. Aunque odie toda esta situación, tal vez ya nos pasamos la hora y ella misma nos dio un tiempo de prórroga. Lo mejor no es cometer más caos y pensemos con cuidado.
- Manuel de L.** ¡Ay! ¡Qué rabia! ¡Qué pesadez! Pero tienes razón. Está bien, nos iremos. Pero mañana todo podrá mejorar. Después de que tenga en mis manos el collar de oro, ella lo verá y más perdonado voy a quedar. Pues mejor vayamos a tu casa, hermano, y descansemos de inmediato.
- Vicente de L.** (Hacia Vicente de Ayacucho) Espero que escuche con atención, señor guardián: no le perdonaré esta riña, ni mucho menos que haya tomado mi nombre. Lo veré caer cuando lo vuelva a encontrar y sabrá que varios cocachos le caerán
- Vicente de A.** (Desde adentro) Siga con su camino no más, que usted nunca me atrapará. Y si en caso sea así, más gracias me dará porque soy un hombre prominente. Llevo un puño como si fuese un martillo y con el otro le haré picadillo.
- Vicente de L.** ¡Jah! Vaya mentira que escucho. Pues yo soy el más fornido de toda esta ciudad. A un brazo lo llamo garrote y al otro lo conocen como el que chavetas rompe. Así que ni te me acerques, pobre malcriado, que ahora muy bien sabes que quedarás afectado.
- (Se va Manuel de Lima y lo sigue detrás Vicente de Lima)

Escena 8

Marañas de una noche desconocida

(Dentro de la casa de Manuel de Lima)

(Están en la sala Lucía y Manuel de Ayacucho conversando)

- Lucía** Manuel, ya que eres mi hermano noble, solo quisiera decirte que parece que te has olvidado que tienes esposa. Deberías ir a ver a Andrea y decirle lo tanto que lamentas. Ve, llámala esposa.
- Manuel de A.** Hermosa persona, me disculparás pero esa mujer no es mi dama. En cambio, viéndola a usted, brota en mí algún deseo similar por un casamiento tener.
- Lucía** ¡¿Qué cosas dices?!! ¿Qué tan loco estás para decirme algo así sin razonar?

- Manuel de A.** Loco no estoy, pues ya que hablamos de este tema, prefiero decirle un poco de lo que estoy sintiendo ahora por usted. Confieso que su semblante me encanta y me parece tan hermosa que quisiera confesarme de una vez. Yo nunca las nupcias he tomado y probablemente usted tampoco lo haya hecho. Deme su mano, que ahora solo me encantaría decirte que le amo.
- Lucía** ¡Qué desfachatez! Mejor quédese quieto de una vez.
¡Buscaré a mi hermana para ver qué podemos hacer!
(Se va Lucía y entra Vicente de Ayacucho)
- Manuel de A.** Vicente, ¿hacia dónde te diriges?
- Vicente de A.** ¡Hermano! ¿Eres tú? Dime que lo eres, porque me siento un poco raro.
- Manuel de A.** Claro que soy tu hermano. ¿Por qué tan preocupado?
- Vicente de A.** Es que había dos tipos en la puerta. Uno decía que este era su hogar y el otro solo quería romperme la cabeza. Debí inventar algún relato para que se fueran.
- Manuel de A.** Qué raro toda esta historia. Algo similar me pasó con aquella hermosa mujer, me dijo que yo casado con su hermana estaba. Y yo que enamorado me quedaba por esa bella dama. Bueno, mejor tomemos decisiones precisas.
- Vicente de A.** ¿Y qué podemos hacer? ¿Salir de aquí de una vez?
- Manuel de A.** ¡Sí! Mejor vayamos a nuestra posada a descansar. Mañana por la mañana ve al puerto del Callao y prepara todo el barco para zarpar. Yo quisiera ir a ver al mercader y que me diga algunas cosas antes de salir.
- Vicente de A.** Pero, ¿qué hay de nuestra principal misión?
- Manuel de A.** Me da la impresión que en esta ciudad nada vamos a encontrar. Ya bastante loco no has dejado toda esta situación. Venga, salgamos pronto sin cometer ningún error. Ve adelantándote que yo solo recogeré mis cosas.
- Vicente de A.** Como digas, hermano.
(Salen de la casa Vicente de Ayacucho y en unos minutos entra el Joven Ángelo)
- Joven Ángelo** ¿Señor Manuel?
- Manuel de A.** Ese es mi nombre.
- Joven Ángelo** Ya lo sé, señor. Vengo a traerle el collar, como usted pidió. Al final mi padre sí tenía una de esas dentro de su taller, solo en perfeccionar se demoró un poco más. Así que vine de prisa a estas horas para que así se quede más satisfecho.
- Manuel de A.** Pero, ¿qué se supone que haga con él?
- Joven Ángelo** No entiendo.
- Manuel de A.** Yo tampoco.
- Joven Ángelo** Vino hacia mí a rogarme por uno de estos.
Me dijo que era para su esposa, así que tomé su pedido con mucha honra.
- Manuel de A.** Sigo con muchas dudas, pero yo ahora no tengo monedas para comprar cosa suya.

- Joven Ángelo** No se preocupe, reconozco que a esta hora tampoco es lo más ideal. Le dejaré un documento de comprobante y tome ya usted el collar. Solo firme aquí y luego mañana lo buscaré para terminar con el trato.
- Manuel de A.** Bueno, si no hay otra forma de verlo, firmaré. Pero que conste que usted es quien me lo da sin mayor informe.
- Joven Ángelo** No se preocupe que mi padre sí lo conoce. Si hay confianza en él, también de mí lo verá. Debo irme ya que molestarlo no quiero más. Descanse, noble señor. Disfrute su nueva joya esta ocasión.
(Salen de la casa el Joven Ángelo)
- Manuel de A.** ¿Qué delirio es este? Me voy dando cuenta que termino la noche con oro en mi mano. No hay forma de negarse semejante propuesta, ni tampoco de rechazarle después de tanta insistencia. Al menos un verdadero oro he encontrado a pesar que ni una pista de mi hermano hemos hallado. De seguro tendremos más suerte en otro lugar. Le haré guardar a Vicente preciosa joya, para así poder seguir viajando. Es hora de moverme o me atrapará alguna otra persona loca.
(Salen de la casa Manuel de Ayacucho)

Escena 9

Un enredo casi al revés

(En la plaza de Armas a la mañana siguiente se encuentra un comerciante y el guardia 1 conversando con el joven Ángelo)

- Comerciante** Señorito Ángelo, vengo nuevamente a su presencia para decirle que me pague de una vez. Sabrá que ya emprendo un viaje y necesito ese dinero con inmediatez. En caso piense que no estoy hablando en serio, aquí he traído un guardia para que sea testigo.
- Joven Ángelo** Señor comerciante, lamento mucho mi retraso y yo le prometo que esto tiene reparo. Justamente pude vender finalmente una pieza, pero el dinero no lo tengo ahora. Me lo debe el señor Manuel, supongo que sabe de quién le hablo a usted.
- Comerciante** Pues ¿yo qué puedo hacer?
- Joven Ángelo** No se preocupe, solo debemos ir a buscarle, que él con el dinero me espera.
- Guardian 1** Problema no será, porque él se aproxima por acá.
(Llega Manuel de Lima con Vicente de Lima conversando)
- Manuel de L.** Hermano, qué hermoso día. Creo que después de ese banquete desayuno, hecho por la señora Fernanda, me ha dado esas energías y ánimos para creer que hoy se puede hacer lo máximo.
- Vicente de L.** ¡Es cierto, hermano!
¿Pero crees que fue bueno haberle pagado con un anillo a aquella señora?
Además, ¿por qué le prometiste dicho collar, si era para tu mujer?

- Manuel de L.** Deberás entender, mi hermano, que todo mi dinero en casa se ha quedado. Debí convencerla en algo o con hambre toda la mañana la hubiéramos pasado. Fue mala nuestra que haya escuchado sobre la cadena, pero no tenía de otra. Ya cuando tenga las monedas, más tranquila quedará.
- Vicente de L.** Esperemos que luego no se vaya a alocar.
- Manuel de L.** Bueno, a lo que veníamos: el plan de ahora es que compres una soga por si la casa sigue cerrada y tengamos que trepar. Yo iré a buscar al joven Ángelo para recoger el collar que tanto esperaba.
- Vicente de L.** Está bien, hermano. Es lo más propicio, así que vuelvo al rato.
(Se va Vicente de Lima)
- Manuel de L.** Y yo hablando de usted, pero si es el joven a quien quería ver.
- Joven Ángelo** Lo veo con buen ánimo, señor Manuel.
Justo necesitaba de su presencia para cerrar una antigua deuda.
- Manuel de L.** Claro, aquí feliz me veo porque por fin recogeré el collar con tanto anhelo.
- Joven Ángelo** Qué gracias me da, pero el collar ya se lo entregué ayer en la noche precisamente en su propia casa. ¿No lo tiene?
- Manuel de L.** Nunca estuve en casa ayer, así que no hay posibilidad que me lo haya entregado usted. Le sugiero que revise bien su inventario, porque en caso de no tenerla, dinero no le daré.
- Joven Ángelo** No juegues con esas palabras. Que me preocupa con más ansias. Sabe, veo que tal vez ahora no tenga las monedas, es mejor que ahora me devuelva la cadena.
- Comerciante** Joven, apúrense que no tengo más tiempo.
- Joven Ángelo** La cadena, señor.
- Manuel de L.** Nunca recibí nada, joven y ahora el dinero está en mi casa.
- Joven Ángelo** ¡Deje de bromear más y entréguelame ya!
- Manuel de L.** Yo no vengo de bromas. ¡Muéstreme la joya!
- Comerciante** Mi paciencia se agota y debo ir a trabajar.
Por favor, dime si tienes el dinero o no, porque aquí el guardia se encargará.
- Manuel de L.** Yo no tengo absolutamente nada. Haga lo que tenga que hacer.
- Joven Ángelo** Pero usted mismo me dio su firma. Aquí en este papel está.
Aquel registro que usted el collar recibió. Así que mejor haga uso de su razón.
- Manuel de L.** Ese papel puede tener una falsificación.
Yo nunca di mi nombre, así que no invente dicha afirmación.
- Joven Ángelo** Quien inventa es usted. Porque aquí manda el papel ...
- Comerciante** Bueno, ya no tengo más tiempo para esperar.
Señor guardia, puede arrestar a este joven por su falta.
- Guardian 1** Ha de ser mi deber, pues por el alcalde y las leyes, usted arrestado deberá ser.

- Joven Ángelo** Señor Manuel, está destruyendo mi imagen.
No le pido más que de mi deuda se encargue.
- Manuel de L.** Pero si no tengo que entregarle nada a usted.
- Joven Ángelo** Entonces, si así son las cosas, señor guardia también arreste a este canalla.
Aquí tengo el documento que explica que la entrega fue dicha.
- Guardian 1** No aguarde más que arrestado quedará por el hecho que evidencia tiene de este sujeto.
- Manuel de L.** ¡Qué mala decisión has tomado! Joven despistado. Seguiré las leyes hasta pagar la fianza. Luego de ello, te las verás conmigo chiquillo embustero.
(Llega Vicente de Ayacucho)
- Vicente de A.** ¡Hermano! Ya todo ha quedado listo. El barco nos espera.
- Manuel de L.** ¿De qué barco me hablas? ¿Acaso no ves que me tiene el guardia?
- Vicente de A.** Pero ¿qué ha pasado?
- Manuel de L.** Larga historia y confusiones se han manifestado. Ve directamente a casa y cuéntale todo a Andrea. Pídele que traiga dinero para la fianza. He dejado en el cuarto unas monedas de oro. Habrá que usarlos en este caso.
- Vicente de A.** (Para sí mismo) ¡Oh! Aquella mujer en esa casa extraña.
¿Cómo se le ha ocurrido olvidar precioso dinero en aquel lugar extraño?
(A Manuel de Lima) Bueno, ahí iré, hermano. A ver si esas mujeres más cuerdas están hoy. Alguna alianza tendremos para lidiar.
(Se van todos y hay un cambio de escenario. Se ve a Lucía y Andrea conversando en la sala)
- Andrea** ¿De verdad estaba pidiéndote casarse?
- Lucía** Sí, pero no solo eso, sino que tú no eras su esposa. Luego que estaba en esta ciudad de paso, que todos para él eran unos extraños.
- Andrea** ¿Y cómo te galanteó?
- Lucía** Solo me dijo que hermosa estaba y que enamorado de mí se sentía. Pensé que solo un delirio tenía. Sospecho que hay algo entre líneas.
Siento que no es el esposo al que tanto amas.
- Andrea** Pero ¿qué tan posible eso podría ser?
- Lucía** No lo sé...
(Entra Vicente de Ayacucho)
- Vicente de A.** Señoras damas, disculpen que entre así a su casa, pero algo malo ha pasado.
- Andrea** ¿Qué sucede, Vicente?
- Vicente de A.** Es mi hermano. Un guardia lo ha arrestado.
- Andrea** ¡Válgame!
- Lucía** ¿A qué se debe esa situación?
- Vicente de A.** No me es claro, pero me dijo que viniera aquí, ya que monedas de oro había dejado. Ese monto ayudará a pagar la fianza y también saber qué pasa.

Andrea ¡Qué sensación para más turbia!
De verdad no entiendo por qué todo se ha hecho tan complejo.

Lucía ¿Te dijo dónde lo dejó?

Vicente de A. Dijo algo de un cuarto, dentro de un pequeño saco.

Andrea Hermana, mejor ve a buscarlo y tengamos compasión.
(Sale Lucía a buscarlo)

Andrea ¡Qué preocupación!

Vicente de A. Cállese un poco, tal vez algún error ha pasado.
Yo me encargaré de que sea liberado.

Andrea ¡Qué valiente eres, Vicente! Te dejo todo en tus manos.
(Entra Lucía con las monedas en mano)

Lucía Aquí está, Vicente. Ve y llévaselo a tu hermano.

Andrea Por favor, ve rápido y tráelo a salvo.

Vicente de A. Como ustedes, digan, mujeres dulces.
(Sale Vicente de Ayacucho)

Lucía Hermana, creo que lo mejor es no quedarnos con los brazos cruzados.
Debemos hacer algo.

Andrea ¡Pues tienes razón! Busquemos al doctor Pincho. Es de mucha confianza y con mayor precisión nos dará una solución.

Escena 10

Un desayuno fantasma

(En una calle de Lima. Se encuentra Manuel de Ayacucho camino al puerto)

Manuel de A. ¡Qué raro! Toda la mañana me la he pasado saludando a extraños diciéndome que amigos todo el tiempo hemos sido. Yo ya no confío en nadie, pues unos me invitaban a comidas y otros me daban algo de joyería. Parecía como si fuese un mesías. De seguro aquí solo habitan locos, brujas y embusteros.
(Entra Vicente de Ayacucho)

Vicente de A. ¡Hermano! ¿Pero cómo te has librado?

Manuel de A. ¿Librado de qué?

Vicente de A. De un guardia que te había arrestado.

Manuel de A. No me ha pasado nada semejante.

Vicente de A. Claro que sí, hasta me pediste que te traiga un dinero importante.
(Le muestra el dinero)

- Manuel de A.** No recuerdo haberte dicho eso, pero al menos tenemos un poco más de reales.
¿Llegaste a alistar el barco?
- Vicente de A.** Pues de ahí venía antes de traerle dicho encargo.
Se lo comenté poco antes de volverte a ver.
- Manuel de A.** Creo que estás enloqueciendo, igual que a mí. ¡Que los Apus nos liberen de aquí!
(Se acerca Fernanda buscando a Manuel)
- Fernanda** ¡Oiga, señor Manuel!
- Manuel de A.** ¿Y ahora quién es ella?
- Vicente de A.** Tal vez otra mujer perturbada.
- Fernanda** Lo venía buscando porque ya ha pasado un buen rato.
- Manuel de A.** Pero si es la primera vez que conversamos.
- Fernanda** No se ande con cuentos. Mire, aquí tengo este aro. Usted me lo dio a cambio de un gran festín. Yo, como buena cocinera, le hice todo lo que quisiera.
- Manuel de A.** ¿En qué momento me cocinó? Apenas un caldo en la mañana tomé yo.
- Fernanda** No finja demencia. Usted y su hermano, que aquí presente los veo a ambos, se pidieron grandes comidas: varias tazas de chocolate fino, bizcochos de Castilla perfumados, bocadillos con manjar blanco, espeso sopa de cordero blando, unos pichones trufados y, finalmente, como postre, un plato grande de mazamorra de cochino. Todo eso, me ha pedido y yo animosamente se lo he servido. Aquí está el precio porque con este aro que me ha entregado, no vale casi mucho por no decir que tiene precio nulo.
Por ello, vengo a reclamarle aquella cadena la cual prometió salvar su deuda.
- Vicente de A.** Señora, por no molestarla, en ningún momento la hemos conocido.
Ya quisiéramos haber desayunado cada plato que ha dicho, pero ni lo hemos pedido y mucho menos comido.
- Manuel de A.** Exactamente lo mismo digo. Se ha confundido de persona, nosotros somos humildes y nos vamos ahora.
- Fernanda** ¡Momentito señores! Porque yo no olvido. Veo que en su cuello lleva esa cadena. Pues no puede negarse de ello. Le pido que me lo dé como parte del acuerdo.
- Manuel de A.** No le pienso entregar nada. Esto simplemente fue un regalo de un joven ajeno.
- Fernanda** ¡No me tome de tonta y deme aquella joya!
- Vicente de A.** Señora, señora, tranquilícese un rato.
¿Qué le parece si le pagamos con estas monedas que tengo en la mano?
- Fernanda** Monedas no me interesan ahora, yo quiero esa cadena que está preciosa.
- Manuel de A.** Pues no hay forma, me lo quedará a toda costa.
- Fernanda** Entonces se las verá conmigo si no tengo lo que pido.
- Vicente de A.** Yo prefiero evitar más conflictos. Por favor, recíbalo, se lo pido.
- Fernanda** Entonces me iré a buscar a un guardián, ellos a la cárcel los llevarán.

Manuel de A. Vaya, no más, vieja loca. A pesar de que nos quiere timar y nosotros la solución le queremos dar, nos trae más malestar.

(Se va Fernanda)

Vicente de A. Ya no tengo dudas que este lugar está de mal en peor. Lo mejor es irnos de una vez, hermano. Zarpemos antes de que nos encontremos a alguien más.

(Se van ambos)

Escena 11

La deuda poco cuerda

(A las afueras del cuartel general. Se ve al Guardia 1 llevando a Manuel de Lima)

Manuel de L. Ya, tranquilo, que no estoy poniendo resistencia.
Aguarde un poco que ya viene mi hermano pronto.

Guardian 1 De todas maneras, debe seguir siendo cauteloso.
En esta ciudad ya en nadie se puede confiar.

Manuel de L. Pero yo no soy un vil animal. Descuide y confíe que en lo que menos pienso es en una huida. Mire, ahí viene mi hermano, seguro con el dinero en su mano.

(Viene Vicente de Lima)

Vicente de L. Hermano, te vine buscando.
No es sino por unos señores que me dijeron que estabas arrestado.

Manuel de L. Así bien lo sabes, no te hagas ahora el orate. Mira, ¿trajiste el dinero que te pedí?

Guardian 1 Hermano, aquel dinero solo me dio para una sogá. De ahí no tenía más.

Manuel de L. Pero si había muchas monedas, eres un tarado. ¡No puedo creerlo! ¡Yo te mato!

Guardian 1 *(Lo detiene)* ¡Alto! Se olvida que usted está apresado.

Vicente de L. ¿Y yo cómo sabría que un guardia te había agarrado?

Manuel de L. No hay excusa para ti, debes estar desalmado.

Vicente de L. Estás muy abrumado, hermano.
Pucha, mejor contrólate que aquí viene tu mujer desesperada.

Manuel de L. Y aún tienes boca para decirlo, qué chabonada...

(Viene Andrea, Lucía y el Doctor Pincho)

Andrea ¡Mi amor! ¡Pero qué espanto! No entiendo qué estás haciendo con todo esto.
No te das cuenta que más preocupada que avergonzada estoy.
Hemos venido a ver si todo se resolvía de una vez. Pero si no hubiera sido por idea de mi hermana, me hubiera quedado ansiosa en casa.

Manuel de L. Amor, no es lo que parece...

Lucía Pues parece más, por lo que se ve. Vemos que tú, Manuel, estás enfermo.
Por eso, hemos traído al doctor Pincho, él observará todo lo que te falta.

- Manuel de L.** No necesito que me revise nadie. Así que cuerdo estoy. Solo ha sido un problema de confusiones y deudas con errores.
- Doctor Pincho** Así se empieza a enfermarse uno, diciendo que no está loco alguno.
- Vicente de L.** Yo también pienso lo mismo.
- Manuel de L.** ¿Pero con qué cara me lo dices, hermano?
El que se ha olvidado todo lo que le he indicado.
- Andrea** Por favor, guardia, deje que el doctor lo revise.
Temo que sea tarde para cuando sea liberado.
- Guardian 1** Bueno, solo por un breve momento será.
- Lucía** Le agradecemos con todo el cariño, señor guardia.
- Andrea** Adelante, doctor. Revise a mi marido, por el amor de dios.
- Doctor Pincho** A ver, señor.
Deme su mano para sentir la cantidad de pulso que tanto tiene ocultado.
- Manuel de L.** Aquí está. Revíseme con cuidado.
- Doctor Pincho** Presiento que está perturbado. Déjeme empezar con una pequeña oración y así darle mayor contemplación.
- Manuel de L.** ¿Qué hace este señor loco? Sabe que mejor reciba este pulso, para ver quién más sereno está. *(Golpea al doctor)*
(Manuel trata de escapar y se encuentra con la señora Fernanda)
- Fernanda** ¡Ajaaah! ¡Así te quería encontrar! Cerca de un guardia. ¿A dónde crees que vas?
- Guardian 1** Señor, me lo tendré que llevar.
- Andrea** ¡No, espere! Un poco alterado se encuentra. Tengamos paciencia.
- Lucía** Señora, ¿Por qué viene buscando pelea?
- Fernanda** No vengo buscando violencia, solo justicia. Ese hombre me prometió una cadena de oro por el buen desayuno que le preparé esta mañana y no me ha pagado con nada.
- Manuel de L.** Señora, yo pensaba cumplir mi promesa, pero ya me ve aquí atrapado.
- Fernanda** Usted recién reacciona porque hay un guardia que lo escolta, pero la verdad que hasta hace un momento se negaba cualquier tipo de trato hecho.
- Manuel de L.** Yo lo sé, pero es que en la mañana bastante hambre tenía, porque el día anterior ni un bocado había cenado.
- Andrea** Pero si tú con nosotras has comido.
- Manuel de L.** Pero si eso nunca se había dado.
Tú me habías echado y yo sin ganas me había quedado.
- Vicente de L.** Todo es cierto, porque la puerta nos la habían cerrado.
- Andrea** Debes estar muy alterado, ayer tú nos has acompañado. Tanto sabía de ti, que mandé al mismo Vicente a traer el dinero para que salgas rápido.

- Vicente de L.** ¿Cómo? Yo en ningún momento a casa he regresado.
- Manuel de L.** ¿Y por qué no fuiste? Si es eso lo que te encargué.
- Lucía** ¡Claro que sí! Si yo misma el dinero te di.
- Vicente de L.** ¡Oh, madre santa! Juro por Dios que nunca regresé a su casa y que nunca dinero tomé. Yo solo fui por una simple sogá.
- Doctor Pincho** Al parecer, no es solamente uno, sino dos confundidos. La mente está jugando en contra. Parece como si fuese contagiosa. Tengan cuidado y no se acerquen tanto. Para ser aún jóvenes, parecen que padecen de la mente.
- Andrea** Tal vez es una fuerte fiebre. No sé por qué piensa que la puerta fue atracada.
- Vicente de L.** ¡Basta de tanta mentira!
Yo lo he vivido en mi propia carne y sé lo que digo porque así lo he visto.
- Manuel de L.** ¡Ya, cállense! Qué enloquecido me estoy poniendo. Unas ganas de golpearte te tengo, hermano. No has parado de traerme más penas que suertes.
- Vicente de L.** Pero ... ¿y por qué yo debo ser golpeado si yo he estado tratando de estar de tu lado?
- Manuel de A.** Porque creo que eres responsable de todo esto y aquí yo soy el hermano mayor.
- Vicente de A.** ¿Qué mayor o menor? Si apenas por algunas horas nos llevamos los dos.
- Manuel de A.** Aun así, tengo ventaja de la decisión. ¡Ya no quiero oírte más! ¡Te voy a golpear!
(Va directamente a golpear a Vicente de Lima)
- Lucía** ¡Por favor, detente!
- Guardian 1** Señor, ya cálmese.
- Vicente de A.** ¡Ayúdenme, por favor! ¡Mi hermano ha dejado de tener razón!
- Manuel de A.** ¡Ya cállate!
- Andrea** Tómenlo y que no se acerque.
- Vicente de A.** ¡Qué alguien me suelte de él!
¡Que con la misma sogá que me pidió comprar, me piensa matar!
- Doctor Pincho** ¡Sométanlo! ¡Que tiene un humor frenético!
- Andrea** ¡Quítenle la sogá!
- Lucía** ¡Aguanta un poco, Vicente!
- Doctor Pincho** ¡Está enfermo!
- Vicente de A.** ¡Y yo casi muerto!
- Guardian 1** ¡Que se calmen he dicho!
(El guardia agarra a Manuel de Lima y lo controla)
- Guardian 1** Debe controlarse o varios golpes serán llegados.
- Manuel de L.** ¡Ya no me importa! Prefiero acabar con esto de inmediato.

Lucía Señor guardia, mejor llévelo a mi casa.
El doctor Pincho se encargará de regularlo.

Guardian 1 No puedo hacer nada, este señor se va conmigo. Hay que respetar las leyes y obviamente mi autoridad. Le sugiero que lo busque en otra oportunidad.

Lucía ¿Y si le digo que yo aquí la fianza le pago?

Guardian 1 Pues a la orden estaré, porque no infrinjo alguna ley.
Lo tendré en vigilancia hasta que vea que está en calma.

Andrea Gracias por su comprensión. Vamos, doctor, vaya con ellos sin esperar tanto.

Doctor Pincho ¡Ahí en mis pasos me encuentro!
Prepararé unos menjunjes. allá nos vemos luego.

Lucía Una última cosa más, Guardia, ¿quién habría acusado a Manuel?

Guardian 1 El joven Ángelo. Un vendedor de joyas, que al final le vendió una cadena oro y se quedó con su deuda.

Lucía Me queda un poco más claro la cosa. Veremos cómo arreglar ese tema con ellos. Ya se puede ir, muchas gracias.

Vicente de L. Sigo sin entender nada, pero será mejor que también vaya.
(Se va Manuel de Lima con el guardia 1 y atrás de ellos el doctor Pincho con Vicente de Lima)

Fernanda Señora, antes de que se vaya.
Le recuerdo que esa cadena de oro fue una promesa fina.

Andrea Le ruego que recapacite porque fue un obsequio que él pensaba darme.
Mejor no se alarme y yo aquí le pago todo lo que pendiente le ha quedado.

Fernanda Está bien, deme la plata y todo conmigo se queda en calma.
Veo que ya sufren mucho por este pobre señor.

Lucía Muchas gracias por su comprensión. Sabemos que usted es una mujer de razón.

Andrea Le pido que olvide todo esto y que siga con su negocio ameno.

Fernanda Hasta luego, señoras. Mucha suerte para el desafortunado de su marido.
(Se va la señora Fernanda)

Andrea ¿Y ahora qué haremos, hermana?

Lucía Encargarnos de todo. Vayamos a buscar al joven Ángelo y que nos explique lo que a tu esposo le ha pasado.

Andrea Vayamos pronto...
(Se va Andrea y Lucía)

Escena 12

Una capital de cabeza

(Cerca de la Plaza de Armas a las afueras de un convento)

(Se encuentran Manuel de Ayacucho y Vicente de Ayacucho con sus espadas en las manos tratando de escapar)

Manuel de A. ¡Ay! ¡Ya no puedo más! Hay más personas que nos siguen por deudas fantasmas y yo ya no tengo nada más de plata.

Vicente de A. En esta ciudad las cosas están cada vez más raras.
Debemos llegar pronto al puerto, que si no se llevarán hasta nuestra nave.

Manuel de A. No te separes de mí, hermano. Ya sería mucho que dividido aparezcamos.

Vicente de A. Vamos por estas calles, que aquí llegamos más rápido.

(Se va Manuel y Vicente de Ayacucho)

(Se ve entrar al joven Ángelo conversando con el comerciante)

Joven Ángelo Señor comerciante, lamento mucho mi retraso. El pago pensaba hacerlo pronto, pero después de ese último pedido, el señor se ha ido.

Comerciantes ¿Qué tanto puedo fiar en usted?

Joven Ángelo Tiene mi palabra y la de mi padre que lo respalde.
Aquí todos en esta ciudad me conocen como alguien honrado.

Comerciantes Bueno, encontremos alguna solución, que yo necesito esa lana.
Pero mira, ahí viene ese señor del que no había ni rastro de su alma.

(Entra corriendo Manuel y Vicente de Ayacucho)

Manuel de A. Pero, ¿Qué pasa? Venimos corriendo y en esta plaza de vuelta estamos.

Vicente de A. Esto sí que es un laberinto o esta ciudad tiene un hechizo.

Joven Ángelo Pero si es el señor que negaba tener mi joya.
Lo veo bien puesto corriendo sin gloria.

Manuel de A. ¡Ah! Si es este joven agradable.
Mire que nunca me he negado a lo que usted me ha obsequiado.

Joven Ángelo Nunca fue un regalo, es mi trabajo y aún no me lo ha remunerado.

Comerciantes ¿Qué cosas dice? Si yo lo oí jurando que su dinero estaba en casa y que no había recibido nada. Al parecer usted es un mentiroso.

Vicente de A. Mi hermano es un señor honrado.
Aquí mismo está diciendo que la cadena se la han dado.

Manuel de A. El sinvergüenza eres tú, que, sin conocerme, me atacas como si yo te estuviera robando.

Comerciantes ¿Qué clase de persona es esta? Encima viene con las armas en mano.
Parece que quieren seguir hurtando. Ya verán que yo no soy ningún vago.

(Desenvaina su arma)

Vicente de A. ¿Cómo se atreve a decirnos eso? Ya verá...

(Entran Andrea y Lucía para detenerlos)

- Andrea** ¡Oh! ¡Por el amor de Dios, no le hagan nada de daño! ¡Les pido que se detengan de inmediato! ¿En qué momento se han escapado del guardia?
- Lucía** ¡Ya déjense de estas riñas! Estos dos hombres enfermos están. Necesitan ser llevados a una revisión medicinal.
- Andrea** Solo quítenles las armas y tomen a ambos para nuestra casa.
(Acorralan a Manuel y Vicente de Ayacucho. Éste tira su arma como distracción)
- Vicente de A.** ¡Hermano! ¡Tíralo, ya! ¡Corramos por nuestras vidas y escondámonos allá!
(Manuel y Vicente de Ayacucho corren y se esconden dentro de un convento. Sale de ese lugar la Hermana Emilia)
- Hermana Emilia** Aguarden su desesperación. ¿Por qué se han reunido en esta ocasión?
- Andrea** Es mi esposo, hermana Emilia. Se ha escondido con su hermano en su convento y necesitamos sacarlos en estos momentos.
- Joven Ángelo** Sabrá que ambos andan dementes.
- Comerciantes** Entonces creo que yo me precipité. (Guarda su arma) Debí sospecharlo de una vez.
- Hermana E.** ¿Desde cuándo se han trastornado así?
- Lucía** Al parecer desde ayer. De seguro vienen con varias deudas o se niega todo el tiempo con la cabeza cuando todos sabemos que sí lo ha hecho.
- Hermana E.** Tal vez un trauma lo ha causado. ¿Perdió algún pariente o alguna fortuna?
- Andrea** Nada de eso, santa Hermana. Solo deben ser revisados por el doctor. Les pido señores que lo saquen sin dolor.
- Hermana E.** ¡Un momento! Nadie ingresará. Pues un espacio sagrado es.
- Lucía** Entonces, ¿puede algún hermano suyo hacernos ese favor?
- Hermana E.** Lo dudo mucho. Aquí estos dos señores buscaron asilo y es seguramente por un llamado divino. Yo buscaré el remedio de su insania, deberán tener calma. Nadie los verá o tocará hasta que estén listos.
- Andrea** ¡No puede hacer eso, hermana Emilia! Sería peor si nos separa a ambos. Hasta tal punto que tal vez yo loca me vuelva.
- Hermana E.** Ya todo está dicho. Deberán obedecer porque soy la voz de lo divino.
(Entra la Hermana Emilia al convento)
- Lucía** Tranquila, aún podemos hacer algo más. Busquemos al alcalde que él se pueda encargar de esto.
- Andrea** ¡Tienes razón! Le rogaré con pasión hasta que ceda a mi petición. Si no son mis palabras, tal vez sean mis quejidos y lágrimas.
- Comerciantes** Hablando de él, aquí mismo el alcalde se asoma. Pues sí lo recuerdo bien, a alguien ejecutarán esta vez.
- Joven Ángelo** ¿Qué va a suceder?
- Comerciantes** A un señor extranjero lo van a aniquilar, por entrar a la ciudad sabiendo que es una barbaridad.

Andrea ¡Oh! Pero si aquí vienen todos.
Joven Ángelo Mejor me voy que un muerto no quiero ver.
(Se va el joven Ángelo)

Escena 13

¡Absueltos! El milagro de los encuentros

(Cerca de la Plaza de Armas a las afueras del convento)

Lucía Es mejor arrodillarse y darle venia a nuestro señor alcalde.
(Llega el alcalde con Don Elías, Don Elías y algunos pobladores)

Alcalde Pues el día y la hora ha llegado. Amados ciudadanos, para que vean que yo con mis promesas cumplo. Este viejo extranjero tenía tiempo para conseguir lo que las leyes mandan. Pero verán que aún no ha conseguido nada.

Andrea ¡Primero justicia con la Hermana Emilia, mi señor alcalde!

Alcalde ¿A qué se debe tal pedido?

Lucía Es por nuestra familia, señor alcalde.
La monja no quiere darnos a quienes nos corresponde.

Alcalde No entiendo nada.
¿Cómo van a creer que pueda estar en contra de una santa monja?

Andrea Mi noble alcalde, le hablaré desde mi más profunda pena. Mi marido y su hermano se han llenado de una locura bastante extraña. Hemos tratado de contenerlos, pero ambos han tenido el ingenio para escabullirse y esconderse en el convento. Ni bien hemos querido entrar para sacarlos, la Hermana Emilia ha salido a defenderlos y no nos lo dará hasta que estén de vuelta cuerdos.

Alcalde ¿Y por qué eso sería un problema mío?
Ya saben que soy un hombre ocupado y no tolero ser molestado.

Lucía Mi señor alcalde, usted brilla en su poder. ¿No es verdad que cada decisión de esta ciudad debe ser tomada por la mente más importante?

Alcalde Así es...

Lucía ¿No es acaso su noble razón la que debemos considerar con veneración?

Alcalde ¡Claro que sí!

Lucía Entonces ...

Alcalde ... entonces ...

Lucía ... entonces, ¿cómo no será su problema si una monja acaba de separar a una esposa con su marido?
Y no solo eso, sino que también se ha llevado al pobre hermano enloquecido.

Alcalde Creo entender tu punto, pero no sé si deba hacer algo en absoluto.

- Lucía** Mi señor, le suplico. No se da cuenta que toda ley debe pasar por su cabeza y esa sacerdotisa se ha aprovechado de su ausencia.
- Alcalde** Bueno, bueno... No me presionen más. Ya me basta con tantos problemas en esta ciudad. ¡Vayan, Guardias!
Abran esas puertas hasta que esos dos ciudadanos sean rescatados.
(El guardia saca su espada a punto de abrir la puerta, pero aparece la Hermana Emilia)
- Hermana E.** ¡Por favor! Ya dejen sus armas. No tienen por qué ser tan violentos en un edificio del Señor.
- Andrea** Es que no nos ha dado otra opción.
- Alcalde** Hermana Emilia, deme una razón para no romper la puerta y sacar a estos dos errados.
- Hermana E.** Han llegado al hogar de nuestro Señor para cuidarlos y curarlos. No es casualidad y ni siquiera una barbaridad. Es una señal y yo sé ver bien cuándo estos dos hombres traen consigo las más humildes penas.
- Alcalde** ¿Cree que debemos dejarla con usted?
- Hermana E.** ¡En absoluto! Se portarán muy bien. Ahora iré a verlos...
(Comienza a escucharse golpes, destrozos y cosas que se caen dentro del convento)
Pero, ¿qué hacen?
- Lucía** Al parecer están destruyendo todo.
- Hermana E.** ¡No es posible!
- Lucía** Pues use sus milagros para detenerlos.
- Hermana E.** Es que no tengo a nadie para contenerlos.
- Andrea** Entonces devuélvanoslos de una vez.
- Hermana E.** De ustedes serán ... Señor alcalde, cambio mis palabras por sinceras disculpas. Verá que tal vez no tenga ahora el tiempo y las condiciones para cuidar a dos dementes. ¿Podría hacernos el favor de sacarlos del convento urgentemente?
- Alcalde** Palabras están dichas y hechas serán. Señor guardia, saque su espada...
- Andrea** ¡No les hagan daño, por favor!
- Guardia 1** Es más por nuestro cuidado, señora.
(Comienza a escucharse golpes en la puerta principal)
- Comerciante** Parece que quieren salir. Tal vez a la fuerza van a huir.
- Andrea** No quiero ver esto.
- Alcalde** Prepárense mi guardián: a la una, ...
- Lucía** ¡Esto me da mucho miedo!
- Alcalde** ... a las dos, ...
- Hermana E.** Espero que nada hayan roto ...

Alcalde ... y a las tres.
(*Entran por el otro lado Manuel y Vicente de Lima detrás de él*)

Manuel de L. ¡Justicia, Señor! ¡Justicia, Señor alcalde!

Comerciante Pero si es...
¿Quién ahora requiere de mí para otro deber de la ciudad?
¿No se dan cuenta que ya atorado en este lío estoy?

Manuel de L. Me disculpo por la sorpresa, pero pido justicia por esa mujer que ayer me cerró la puerta.

Vicente de L. Y yo soy un verdadero testigo, porque al final casa le di.

Alcalde ¡Oh! ¿Esto puede ser serio?
¿Pero por qué darte casa a usted, si ella casada ya lleva?

Manuel de L. Por eso mismo, ya que su marido soy yo.

Guardia 1 ¿Pero no es el que dentro del convento se ocultaba?

Comerciante Y es el mismo que la deuda del collar llevaba.
Él mismo lo juró un poco antes que la deuda del joven Ángelo yo le reclame.

Manuel de L. Siguen inventándose más historias y yo aquí pensando que ya se acabó esta pesadilla tormentosa.

Andrea Amor mío, no es ninguna pesadilla, es tu mente que te juega con muchas locurillas.

Manuel de L. ¡Que no estoy loco!

Vicente de L. ¡Él, loco no está!

Hermana E. Eso es lo primero que dice un lunático.
(*Comienza a escucharse golpes nuevamente en la puerta*)

Lucía ¿Pero cómo es posible si ellos están aquí?

Guardia 1 No vaya a ser que ahora demente estemos nosotros.

Alcalde Pues el miedo me ha llenado y tal vez un demonio se ha ocultado.

Hermana E. ¡Imposible que semejante cosa suceda! ¡Un convento sería el último lugar que pueda entrar un ser endemoniado o algún mal.

Alcalde Prepárense otra vez: A la una, ... a las dos, ... y a las...
(*Interrumpe Don Elías al darse cuenta de quién es Manuel de Lima con una estruendosa voz*)

Don Elías ¡Es él! ¡Es él!

Andrea ¡Vaya, qué susto!

Guardia 1 ¿Quién es quién?

Don Elías ¡Mis hijos! Aquéllos a quienes llaman locos.

Lucía ¿Cómo que sus hijos?

Don Elías Señores, ¿ustedes tienen el nombre de Manuel y Vicente, no es así?
No se sorprendan tanto, que pensaré que realmente me han olvidado.

Manuel de L. Jamás lo he visto en mi vida.

Vicente de L. Es la primera vez que lo veo.

Don Elías Es la vida y la edad lo que han cambiado mi aspecto y mi voz.
Aun así, ¿no reconocen quién fui?

Manuel de L. No, señor.

Vicente de L. Para nada.

Don Elías ¡Dense cuenta que sí!

Vicente de L. ¡Nos damos cuenta que no!

Manuel de L. Nosotros nunca hemos visto a nuestro padre y nada de usted asegura que lo sea.

Don Elías No es cierto, solo hace siete años que ustedes se fueron. En Ayacucho yo los vi nacer y en Trujillo yo los crie. Pero aquí, en Lima, nos volvemos a encontrar.
La posibilidad de nuestra familia restaurar.

Vicente de L. Creo que alguien más loco está. Mire, señor, pregúntele a cualquiera de esta ciudad y todos testigos serán que nada de lo que dice es real.

Manuel de L. Nunca hemos pisado Trujillo, mucho menos Ayacucho.
Hemos vivido en esta calmada ciudad toda nuestra vida.
Confirmo que todo eso es cierto, aunque una duda me está naciendo...
(Nuevamente se escuchan golpes en la puerta)

Guardia 1 ¡Ay! Es nuevamente este dilema.
(Un golpe más fuerte)

Hermana E. Parece como si esta vez de verdad lo hicieran.
(Un golpe mucho más fuerte)

Comerciante ¿Qué tanto esperan?
(Logran salir Manuel y Vicente de Ayacucho)
(Todos se quedan asombrados. Una pausa grande y total de estupefactos)

Andrea ¡Qué ven mis ojos, hermana!

Lucía Yo ya estoy delirando.

Alcalde Y yo casi me desmayo.

Hermana E. ¿Es acaso que la señora tiene dos esposos?

Don Elías ¡No lo puedo creer!

Guardia 1 ¿Quién es el real y el fantasma?

Vicente de A. Yo soy Vicente y nadie más.

Vicente de L. Nadie eres, pero Vicente, jamás.

- Comerciante** Pálido me he quedado viendo a ambos.
- Manuel de A.** (*Mirando a Don Elías*) ¿Eres Don Elías o solo su espíritu?
- Vicente de A.** ¡Es nuestro padre! ¿Quién te ha tenido así?
- Hermana E.** Viendo que ahora las confusiones pueden estar un poquito más claras, debemos asegurarnos que no nos distraigamos en nada. Hable, don Elías, y confirme con consuelo lo que desde un comienzo venía buscando en esta ciudad.
- Alcalde** ¿Quiénes se supone que son sus hijos?
- Don Elías** Pues aquéllos cuatro puedo decir. Dos de mi sangre y dos de mi tierra.
- Alcalde** Entonces aquella historia tiene coincidencia. Son estos dos Vicentes: uno de Ayacucho y el otro de Lima. Mientras que también hay dos Manueles: uno de Lima y el otro de Ayacucho.
- Manuel de A.** Al parecer, mi misión se ha cumplido ya. Es el oro que yo quería encontrar.
- Alcalde** Tranquilos, no se junten que no sabré quién es cuál.
- Andrea** Entonces, ¿con quién cené aquella noche?
- Manuel de A.** Conmigo, gentil dama.
- Lucía** Entonces ... no es tu esposo.
- Vicente de A.** ¡Ni modo!
- Manuel de L.** Pues yo de ti siempre he sido devoto.
- Comerciante** ¿De quién es la deuda de la cadena de oro entonces?
- Manuel de A.** Pues mía no, pero se la devuelvo.
- Manuel de L.** Yo la recibo y a usted, señor comerciante, le daré el dinero pronto. tengo el dinero conmigo.
- Lucía** El dinero de no sé qué a Vicente se lo di.
- Vicente de L.** ¡No fue a mí!
- Manuel de A.** De seguro es el monto que Vicente me dio como una sorpresa de oro.
- Vicente de A.** Por ende yo fui el que el error cometí.
- Manuel de L.** Entonces, con estas primera monedas le pago la cadena. Con este otro dinero pago la deuda de mi reciente padre que estaba a punto de morir. En ese sentido, ni una muerte realizaremos en este piso.
Usted, señor aspirante, ha ganado en su sacrificio la unión de su familia y el reconciliarse.
¡Qué conmoción! ¡Todos han quedado absueltos!
¡Que en esta ciudad trabaje para el bien y que sigan creciendo con prosperidad!
- Hermana E.** Que Dios los guíe y que aquí nos veamos envueltos en el milagro de los encuentros. La llegada de dos pares de gemelos es, en este caso, un llamado a nuevos tiempos.
¡Abracemos a nuestros seres queridos y festejemos con un corazón lleno!

Don Elías Ahora entiendo con más cuidado los aciertos de la vida. Estas penas pasadas son parte de seguir creciendo nuestros caminos antes de nuestra ida. Agradecemos a nuestros Apus, que en este lugar no solo estamos. Más allá de nuestras diferencias hay una historia y humanidad que compartimos sin igual. Eso es lo que nos hace semejantes, porque va más allá del parentesco, es de sentir semejante aquellas emociones palpitantes. Una ciudad que se va construyendo, una nación que necesita verse de personas comprometidas. Ahora, ya viendo a mis hijos grandes, aunque parezcan similares, tienen una vida muy diferente. Por ello, respeto esas diferencias y con muchas ganas este lugar yo quiero cuidar y proteger, venerar y traer energías nuevas y cálidas para el cierre de esta historia larga.

Andrea ¡Vayamos todos a cenar en conjunto!

Lucía ¡Festejemos la llegada de un nuevo futuro!
(Se van todos menos Manuel y Vicente de Lima y Ayacucho)

Vicente de A. Entonces, ¿qué hacemos con el barco?

Manuel de L. ¿A cuál te refieres, hermano?

Manuel de A. No le hagas caso, él aún sigue atolondrado.

Vicente de L. ¿Lo dices por mí?

Manuel de A. ¿Por quién más?

Manuel de L. Ahora eres tú el que te confundes sin pensar.

Vicente de A. Y en ese caso, ¿Tú eres?

Manuel de L. Tu hermano.

Vicente de L. No, yo lo soy.

Manuel de A. No, ese soy yo.

Manuel de L. ¡Basta, que me confunden más!

Vicente de A. Entonces dejo el barco y ya.

Manuel de A. Espera, ... ¿qué?

Vicente de L. ¿A quién le mandas?

Vicente de A. ¡Ya no lo aguanto más!
(Se quedan los cuatro discutiendo hasta que se cierra el telón)

Fin

Adaptación al “peruano”
Lucky Lucciano Benetello
Lima - 2025